

## IV.

## ANTES DEL LANCE

Las luchas y los tormentos de Jaime durante aquel corto período de tiempo superan á cuanto puede describirse. Se veía obligado á ocultar á su mujer hasta los más leves síntomas de contrariedad ó de tristeza; y como era Juana tan perspicaz y le observaba con tanto esmero, tenía el pobre hombre que estar siempre alerta para no dejarse sorprender el secreto.

Nunca le había ocultado cosa alguna, y llevaba por costumbre obrar de acuerdo con ella en todo, porque tenía fe ciega tanto en su buen juicio como en su cariño. A tal punto llegaba esa especie de sumisión á las resoluciones de Juana, que sus amigos solían echársela en cara en son de broma y hasta de burla; pero Jaime no sufría pena por ello, y había acabado por cerrar la boca á los murmuradores, admitiendo sin ambages que estaba sojuzgado por su mujer.

—Juana me domina por la bondad y por el cariño, les decía. Si echase de ver que me quisiera humillar, por vida mía que no habría de tolerarlo, sino que an-

tes bien bajaría el orgullo y la dejaría por cualquier medio tan suave como la seda. Pero lejos de ella semejantes pensamientos, pues no sólo me respeta y obedece en todo, sino que procura infundir á su derredor una especie de veneración hacia mí. Lo cierto es que discurre con tal discreción, tiene un juicio tan sereno, es tan recta y se interesa por mí de tal modo, que no puedo menos de plégarle á su voluntad, porque piensa lo mejor y lo que más me conviene. Nadie me quiere como ella, por eso á nadie oigo como á ella, y la secundo en todo; que es como si me convirtiese en su aliado para procurar mi propio beneficio. Muy ingrato sería si no la complaciese de continuo. Así es, señores, que no tengo embarazo ni vergüenza en confesar que, en efecto, estoy dominado por mi mujer.

Los amigos se mofaron de él al principio, pero se cansaron á poco y lo olvidaron después. Así le dejaron consagrarse con plena libertad á querer y á respetar á su cónyuge.

¿Cuáles no serían, pues, los soponcios y las angustias del cuitado al obrar por primera vez contra el dictamen de Juana, callándole sus designios, careciendo de sus consejos y sabiendo que hacía mal y que era ella quien tenía la razón?

¡Cuántas veces pensó romper aquel silencio que le torturaba, decirle todo y pedirle perdón por su deslealtad! Conocía que entregarse á aquel impulso sería su salvación, porque su mujer le convenría de que estaba haciendo cosas absurdas y le daría fuerzas para salir del atolladero en que se había metido. Pero le detenía el temor de ponerse en ridículo y de convertirse en mofa de la ciudad. Era preciso ser hombre una vez siquiera en la vida. Si sostenía su papel con entereza, se haría respetar una vez por todas, conquistaría fama de hombre resuelto y lograría paz para el resto de su vida; pero si cejaba, si daba muestras de debilidad y cobardía, no habría quien no se le riera en las barbas, y todo el mundo, hasta los más collones, se atreverían en adelante á zaherirle y menospreciarle. ¿Para qué atormentar á su esposa con aquella revelación? ¿Para qué poner obstáculos á la realización del propósito adoptado? Era aquel un asunto varonil, cuyo conocimiento no convenía á las mujeres, tímidas y nerviosas de suyo, y capaces de desalentar á los más valientes á fuerza de lágrimas y de ruegos.

Su reserva le tuvo convertido en mártir durante los días de las conferencias; pero se dió tal maña para disimular su agitación, y se mantuvo tan sobre sí todo ese

intervalo, que Juana no sospechó nada. Estaba acostumbrada á que su marido la secundase en todo, y á que nunca la engañara; así que tuvo por evidente cosa que al día siguiente ó al otro diese Jaime á Zermeño la explicación convenida. Con esto le bastaba á ella para vivir tranquila y confiada.

Jaime entretanto, mostrábase más cariñoso que nunca para ella y para la niña, sin duda por remordimiento de su falsía. Llegaba á su casa temprano, retazón, con la sonrisa en los labios y cargadísimo de juguetes y golosinas. No se apartaba de Juana ni de la niña, llevaba en brazos á Leonorcilla, dábala de comer con su propia mano, la arrullaba haciendo veces de niñera, y, cuando despertaba, jugaba con ella horas y más horas como un bendito. Sentía una renovación de ternura hacia el hogar; nunca se había dado cuenta de lo mucho que quería á los suyos hasta ahora, que se ponía en peligro de perderlos. Juana, con los ojos húmedos por la emoción, posaba la cabeza en el hombro de su marido, y entre juramentos de amor, le hablaba con entusiasmo del porvenir de la niña. ¡Qué hermosa iba á ser y qué buena! ¡Cómo velarían por ella para que no se manchara su alma con las impurezas de la vida! ¡Y qué feliz iba á hacerla Dios sin duda alguna!

No obstante, los sucesos habían tocado su período crítico, y Jaime vió llegar la vispera del combate con gran sorpresa, como si el desenlace que provocaba fuese cosa fantástica, como si despertase de un sueño.

Madrigal y yo quedamos aterrados cuando nos confesó que nunca había disparado una pistola, y que nos había engañado al asegurarnos que la manejaba medianamente. Para remediar el mal en cuanto fuese posible, le llevamos á la escuela de tiro para que ejercitase un poco la puntería. ¡Como si fuese cosa hacedera improvisar certeza en el ojo y en el brazo seguridad con unos cuantos disparos!

Había en aquel sitio variedad de objetos destinados á servir de blanco á distancias diferentes: cuadros de hierro, siluetas humanas del mismo metal, y palomas y cascarones suspensos á hilos invisibles. Rivera demostró que no sabía, lo que se llama no saber, manejar la pistola. En su primer ensayo estuvo á punto de matarme. La cogió, la montó, puso el índice en el fiador, y mientras se miraba los pies para ponerlos en escuadra, apoyó demasiado el dedo y partió el tiro cuando nadie lo esperaba. La bala pasó silbando algunas líneas sobre mi cabeza y fué á inscrustarse en la pared. Mi pobre

amigo se deshizo en disculpas, pálido como la cera. Yo debo haberme puesto cetrino, pues no fué flojo el susto que llevé. Hubo un pánico general entre los circunstantes; me rodearon preguntándome si no había tenido novedad. Pronto me serené y repuse que nada me había pasado y que el suceso no valía gran cosa; y agregué en tono chancero:

—Es que Jaime me confundió con el doctor Zermeño.

Todos rieron de la salida. Sólo el maestro de armas me miró con fijeza, se puso grave y tomó las cosas por lo serio; y no pasó inadvertido para mí que desde aquel momento cogió á Jaime por su cuenta. Le ponía la pistola en la mano enseñándole todo, hasta cómo debía empuñarla.

—¡No ponga usted la mano hacia adelante; coja el mango hacia atrás para que deje el índice en libertad!

—¡No apoye usted el dedo en el fiador sino hasta el momento en que vaya á disparar!

—¡El cuerpo bien perfilado para presentar el menor blanco posible al enemigo! ¡La cabeza erguida; no la incline usted á ningún lado, porque es muy peligroso! ¡No olvide usted esta regla!

—¡Tienda usted bien el brazo, señor, para hacer el tiro; si lo pliega usted, nunca dará en el blanco!

Tales eran las órdenes que daba á grito herido. Rivera las seguía en cuanto le era posible; pero podía bien poco. Apuntaba cuidadosamente tanteando el tiro largo rato; y al disparar, movía el arma, y la bala iba á dar tan lejos del blanco, que ni siquiera tocaba el muro frontero.

Sin embargo, al cabo de dos horas de ensayo, logró que los proyectiles no se saliesen del muro, y poco á poco fué afirmando el pulso de tal suerte, que acabó por dar en el cuadro de hierro. Y aun alguna vez, después de hacer puntería algunos instantes, llegó á dar en el botón é hizo sonar la campana y saltar la banderola, con gran contentamiento suyo y de los presentes.

Obtenida esa ventaja, pasó el maestro á aleccionarle en el tiro al mando. Para que tuviese una idea de cómo se hacían las cosas, tomó él mismo la pistola é hizo varios disparos á tres y dos tiempos, y acabó por hacerlos al descubrir, dejándonos atónitos por la certeza de su vista y la seguridad absoluta de su pulso. Desdeñando tomar por blanco el pizarrón, dirigió el arma desde luego contra las siluetas de fierro y las acribilló á tiros en la cabeza y en el pecho; siguió con las palomas, que hizo pedazos á balazos; y por final de cuentas, destrozó los cascarones de huevo suspensos en el aire sin hacer puntería y al bajar el arma.

Quizás ejemplo tan pasmoso haya servido más para desconcertar que para estimular á Rivera, porque cuando éste tomó la pistola, estuvo á tal grado torpe, que puso nervioso al mismo maestro. Imposible que acertara al pizarrón ni siquiera en tres tiempos. Desde el momento en que oía la primera palmada, comenzaba á danzarle la pistola en el puño como si tuviese alferecía, y al sonar la tercera, ninguno de los circunstantes podía darse cuenta del paradero de la bala. Lo más probable es que el plomo se hubiese clavado en el suelo ó perdido en el espacio. Así que no pudo pasar adelante, y perdimos horas y más horas en ensayos inútiles. Cuando salimos de la escuela, muy cerca de las cuatro de la tarde, no había dado un solo paso nuestro amigo en aquella habilidad, con gran consternación de nosotros y del maestro. Nos acompañó éste hasta la puerta del establecimiento, se despidió de mis compañeros, y reteniéndome un momento por la mano, me dijo en tono confidencial:

—El doctor Zerméño es uno de los mejores tiradores de México.

—¡Cómo!, repuse. ¿Es posible?

—Destroza todos los cascarones que quiere, y escribe á tiros su nombre en la pizarra al descubrir. ¡Ya verá usted si es hábil!

Quedé espantado.

—Pero no es lo mismo—proseguí, dando por sentado el hecho que el maestro parecía haber adivinado—disparar sobre objetos inanimados que sobre individuos de carne y hueso. Tiembla la mano del más valiente al dirigirse contra otro hombre.

—Es cierto, contestó pensativo, pero también lo es que la mano del tirador llega á adquirir tal precisión con el ejercicio, que se mueve mecánicamente y acierta por costumbre.

—Terrible situación, articulé más para mí que para mi interlocutor.

—La única esperanza estriba en lo imprevisto. Suele el acaso desenlazar estas situaciones como menos se piensa.

—Encomendémonos, pues, al acaso, concluí tristemente estrechando la mano del profesor.

No pude apartar de la memoria desde aquellos momentos hasta la mañana siguiente aquel diálogo; me hizo el efecto de un funesto augurio.

Jaime, entretanto, fué cayendo en un abatimiento más y más profundo, sin duda porque adquiría por instinto, la convicción de lo que iba á pasar, y porque su naturaleza se llenaba de angustia bajo el presntimiento del gran peligro que le amenazaba. No sé, verdaderamente no me explicó cómo mi afligido amigo pudo

insistir en la insensata idea de batirse con Zerméño después de haberse persuadido de que no servía para el caso por su falta de destreza, y de que iba sencillamente á inmolarse en aras de un simple punto de amor propio. Lo que pienso á este respecto es, que se hallaba en ese estado de agotamiento moral en que el hombre, incapaz de iniciativa, sigue el impulso adquirido como un cuerpo inerte. Tal vez se sentía envuelto por el hábito de la fatalidad—que no era más que obra suya—y se entregaba á su empuje cruzado de brazos, como el náufrago que, arrollado por la tempestad, cesa de luchar y se abandona al furor de las olas.

Tampoco alcanzo á explicarme cómo pudo escapar á los ojos penetrantes de Juana el estado de abatimiento, tristeza y sobreexcitación en que Jaime se hallaba. Fué inmensa desgracia que en esas circunstancias críticas, hubiese fallado la perspicacia de aquella excelente mujer. Así pasa cuando el destino decreta que se realice una tragedia: ciérranse por mano misteriosa todas las puertas y hendeduras por donde puede entrar la luz, ó bien los ojos no la perciben, aunque brille á torrentes en derredor. Después de pasados los acontecimientos, se reflexiona con amargura, que hubieran podido evitarse sin dificultad con solo haberlos

comprendido; y que esto fué fácil, y que únicamente los ciegos pudieron no haberlo visto.

## V

## LUCHA SOLITARIA

La noche víspera del lance, fué espantosa para Rivera; no cerró casi los ojos: la pasó cavilando, escribiendo y haciendo frecuentes visitas al aposento donde dormían su mujer y su hija.

Sin duda para calmar la agitación que le atormentaba, ó para dar algún empleo á aquellas horas negras, cogió la pluma y fué confiando al papel sus impresiones y sentimientos conforme iban sucediéndose en su mente. El tumulto de sus ideas durante aquella crisis, no estorbó la claridad de su visión interior; así que pudo dejar consignado en sus notas el martirio que le trocó, joven y sano, en mísero agonizante.

Pretextó á su mujer un compromiso de redacción para no meterse en el lecho. Habiase obligado, dijo, á escribir una serie de estudios sociales, y al día siguiente debía entregar el primero. Tiempo de

sobra había tenido para forjarle, y ojalá lo hubiera hecho poco á poco. Así hubiera podido pulirlo sin fatiga; pero se había dejado ganar por la pereza y por el deseo de gozar de la compañía de los suyos, y á la hora menos pensada habíase encontrado con que el plazo que se le había dado, iba concluyendo. Pero como no era amigo de dar que decir de su reputación como escritor, ni había sido inexacto en el cumplimiento de sus deberes durante su vida, tenía que respetar la palabra empeñada, fuese como fuese, aun cuando no cerrara los ojos en dos ni tres noches.

—Discúlpate como puedas, rogóle Juana, pero no hagas eso. Bueno es trabajar, pero no matarse con el trabajo. Todo se reducirá á que los artículos salgan dos ó tres días más tarde. No veo mal ninguno en ello.

—Te parece, hija; pero el caso es que cuando un hombre de trabajo como yo, pierde su fama de exacto, todo lo pierde. Los editores me estiman y solicitan por mi costumbre de ser cumplido, lo cual es poco común en México. Por eso me pagan bien y me irán pagando mejor en lo sucesivo. Además, concluyó con tono lúgubre, este trabajo es muy importante y dejará grandes beneficios á mi familia.